

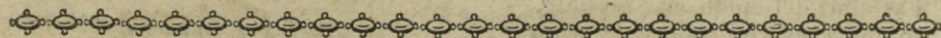
LA LEALTAD,

Ó

LA JUSTA DESOBEDIENCIA.

POR EL LICENCIADO DON GIL LORENA DE AROZAR.

PERSONAS.

*El Lord Farfax.**Eduarda, su hija.**El Lord Capél.**Arturo, su hijo.**El Coronel Morgan.**El Mayor Surren.**El Coronel Kiston.*

La accion es en el acampamento de Farfax.

ACTO ÚNICO.

*Tienda del General Farfax con dos entradas à los dos lados opuestos:
comparecen en ella Morgan y Farfax.*

Farf. **P**ese á la adversidad de mi destino!

Con qué tantos soldados perecieron en el asalto?

Morg. Sí señor, los fosos

de la altiva Colchêster aun cubiertos se miran de cadáveres, padrones lamentables del trágico suceso.

Farf. Si fueran de diamantes sus murallas

no resistieran mas á tanto esfuerzo:

El valor de sus fuertes defensores

sin duda se animó con el exemplo de Oxford y el Lord Capél...

Morg. Ese hombre solo

es mas defensa al obstinado pueblo que las altas murallas que lo cercan,

y querer dominarlas, será empeño inútil mientras él las defendiere.

Farf. Poco le durará tanto ardimiento.

Morg. Cómo, señor...?

Farf. Sino logro rendirlo

con las armas, su hijo dará el medio de vencer su constancia.

Morg. Quién? su hijo?

Farf. No lo dudes: de Londres, donde preso

se hallaba por mi orden, he mandado conducirlo á este campo: al mismo tiempo

dispuse que mi hija, la que nunca de mi cuidado aparto, de ese pueblo inmediato viniera... pero miro que ya llega Surren.

ESCENA II.

*Los dichos, y Surren.**Surr.* Guárdete el Cielo,
*Farfax.**Farf.* Muy pronto, amigo, de la plaza vuelves al campo: admite ese soberbio la tregua que propongo? se conviene tambien á que los dos conferenciemos?*Surr.* Cesarán por seis horas los estragos de la guerra, durante cuyo tiempo al Lord Capél verás en tu presencia.*Farf.* Cómo te recibió?*Surr.* Con un respeto cortés, mas sin baxeza; y en su frente de la constancia presentaba el sello.*Farf.* Yo humillaré su orgullo prontamente;al repentino asalto que prevengo á su alma del modo mas sensible, no podrá resistir, aunque de acero sea su corazon: *Surren*, al punto haz que venga mi hija. *Vase Surren.**Morg.* No comprehendo, por mas que reflexiono tu conducta, á qué fin se dirigen tus intentos.*Farf.* Tengo, Morgan, noticias positivas de que el Duque de Hamilton con un cuerpo

de numerosas tropas se adelanta á socorrer la plaza; y repitiendo los asaltos, cortar he prevenido las consecuencias de tan grave riesgos pero en vano. Capél, sobre los muros inspira á sus soldados tanto aliento, que todas mis ideas desvaneces á la desgracia y al valor cediendo, lo que lograr no puedo á viva fuerza, con artificio conseguir intento.

Morg. Pero el jóven Arturo, cómo puede servir á tus designios?*Farf.* Yo pretendo pintarle con los mas vivos colores las tristes consecuencias á que expuesto se halla su padre; le verá este mismo en mi poder, así los dos temiendo el peligro fatal que los rodea

me darán el laurel, que tanto anhelo.

Morg. Y esperas que Capél...*Farf.* Espero todo

de un amoroso padre que el tremendo cuchillo de la muerte levantando sobre su hijo mira: los esfuerzos del valor muchas veces han cedido de la naturaleza á los afectos.

Morg. Sin duda que Capél es tierno padre, pero en su corazon hizo su asiento el heroísmo.*Farf.* Las temeridades no merecen tal título, y resuelvo si á la filial ternura no se rinde... pero llega mi hija; ve al momento de Arturo á la presencia y nada omitas para obligarle á que entre en mi proyecto.

ESCENA III.

*Farfax y Eduarda.**Eduard.* Vengo á saber, señor, lo que me mandas.*Farf.* No ignoras, hija mia, que hubo un tiempo

en que se vió nuestra familia unida con la del Lord Capél, con tanto extremo,

que difunta tu madre, y entretanto que yo arbolaba en climas extrangeros de las inglesas rosas la divisa, fié tu educacion á los desvelos de mi digno rival, que logró hacerte de virtudes y gracias un compendio; viendo tan bien lograda mi esperanza, su paternal cuidado agradeciendo, quise que nuestra union mas se estrechase

con el lazo feliz del parentesco: en que fueses esposa de su hijo convenimos, creciendo el gozo nuestro al ver que vuestras mismas intenciones ayudaba el amor tan puro y tierno que ya en vuestra niñez os profesabais, y en edad mas adulta fue creciendo de vuestra union el prevenido plazo

próximo estaba ya , quando a este tiempo

salió de las regiones del abismo la sañuda discordia, se extendieron sus negras alas, y por todas partes derramando mortífero veneno huyó la dulce paz de la Inglaterra, y en facciones contrarias ardió el reyno: de irresistibles causas obligado, según á Cronvel, cuyo triunfante acero solo en Capel encuentra resistencia; si esta llega á ceder, el Trono regio enteramente cae; esas murallas son su único recurso, pero el Cielo contra mis intenciones las protege, y del valor á la cautela apelo para rendirlas: tu querido Arturo en mi poder se encuentra prisionero; él te ama; haz valer este cariño á favor de tu padre; emplea el ruego, la seducción de amor, y todos quantos recursos te sugiera tu talento para que él á su padre persuada que se rinda al poder, que mire el riesgo

que amenaza su vida, que su hijo en mi poder está, que no hay remedio, y los dos morirán trágicamente: mas si pensando con mejor acuerdo me rinde la Ciudad, todo lo espere de mi favor, y en tanto que el sosiego general se establece, tú y Arturo, unidos para siempre, aunque en secreto, á Francia pasareis, donde tranquilos esperéis el fin de estos sucesos.

Eduard. Pero señor...

Farf. Excusa reflexiones, y cumple exáctamente mis preceptos; Arturo sin tardanza vendrá á vertes procura persuadirle lo que quiero: tu amor, mi gloria, todo lo malogras, ó todo lo consigues en un tiempo. *Vase.*

ESCENA IV.

Eduar. Qué es lo que me sucedel yo criada baxo de unos principios tan diversos; yo que desde mi infancia delicada

sin llegar á tener discernimiento, la lealtad y amor al Soberano siempre miré como el deber primero; yo que del Lord Capel entre los brazos sus ideas bebi, sus pensamientos adopté como máximas sagradas que edad y reflexion fortalecieron, y el rebelde partido de mi padre de la razon á impulsos vitupero, de una pasion legitima la fuerza á emplear me arrojara, persuadiendo á un amante que es lumbre de mis ojos iniquidad tan grande? no por cierto: de la justa razon á los confines los derechos de un padre estan sujetos: no se podrá llamar desobediencia resistir un tiránico precepto: pidierame la vida, el abandono de mi amor y esperanzas, al momento todo á la sumision sacrificára; mas mi honor y opinion solo el impede virtud y justicia reconocen (rio y no he de quebrantarle... pero Cielosl de guardia rodeado Arturo llega;

ESCENA V.

Entra Arturo acompañado de algunos soldados precedidos de un gefe y luego se retiran.

su pálido color, su abatimiento indican el estado de su alma; pero en mis brazos hallará consuelo: mi bien, mi único amor.

Como para abrazarle.

Artur. Aparta, Eduarda. (mos

Eduar. Con esquivéz tan dura los extreme de un corazon enamorado pagas?

Artur. Esa es mi mayor pena; no poderlos admitir tras de ausencia tan penosa á pesar del dictámen del deseo, es el mayor tormento de mi alma; en ella todavía el puro fuego que encendió tu hermosura permanece en el mismo vigor que en otro tiempo; pero eres hija de Farfax, de un hombre que obscureció sus generosos hechos

con la traicion mas páfida, de un
hombre
sanguinario y cruel, que en los tres
Reynos

arboló el estandarte sedicioso
de la deslealtad, y se ha cubierto
de infamia y confusion: sé que mi vida
de su arbitrio depende, y no el objeto
de traerme á tu vista desde Londres
á cuya torre me conduxo preso
mi desgracia fatal; pero qualquiera
que sea su invencion, no puede menos
de ser traydora, que en las almas viles
no caben generosos sentimientos:

si la virtud que en otro tiempo daba
tanto brillo á tus gracias en tu pecho
de su antiguo vigor no ha decaído,
siempre norte serás de mis afectos;
mas distancia invencible nos separa:
de Fairfax y Capél se disolvieron
para siempre los vínculos suaves
de la santa amistad: sus herederos
amarse pueden, pero nunca unirse;
en odio interminable, en odio eterno
debieran convertirse sus amores
si á las ilustres almas, que el sendero
de la razon jamás abandonaron,
no fuese repugnante un vil afecto,
padre de la venganza, y exterminio
de la voraz envidia triste esfuerzo
de guardador del hombre pues le pone
al nivel de las fieras quando menos.

Eduar. Celebro, Arturo mio, el encontrar-
tan digno de tí mismo: yo no puedo (te
aprobar la conducta de mi padre;
tu escuela fue la mia; mis consejos,
unos mismos principios saludables
en nuestras tiernas almas se imprimie-
ron,

y estos hasta aquí han sido y serán
siempre

de todas mis acciones fundamento,
voy á darte irrevocable prueba
de esta verdad: no sabes á qué efecto
á este campo de horror te han conda-
cido?

Artur. A la muerte tal vez, mas no por
mi ánimo vacila.

Eduar. Aun mas acerbo
destino la desgracia te previene.

Artur. Mas que la muerte?

Eduar. Mas: escucha atento.

Bien sabrás que los muros de Colchès-
inexpugnables son á los esfuerzos (te
de las armas rebeldes.

Artur. Sí, me consta

que mil timbres añade á sus trofeos
mi generoso padre en su defensa.

Eduar. El mio, pues, asaltos repiriendo
por rendir la Ciudad, considerando
que donde lauros busca halla escar-
miento,

y la flor del ejército que manda
perdida en tantos vélidos encuentros,
al artificio apela; aquí te trae
porque tu dulce vida sea el medio
de lograr su intencion; tú mismo debes
reducir á tu padre al rendimiento,
ó te verá morir; pero si cede,
logrará los honores mas supremos,
y ambos con lazo indisoluble unidos
á peregrinos climas pasaremos:
yo usando del poder que me concede
sobre tí la pasion que...

Artur. Basta; entiendo: Breve pausa.
y si yo consintiera, tú qué harías?

Eduar. Aborrecerte siempre con tan nuevo
linage de rencor, que tu sepulcro
hallarás en el mismo nupcial lecho,
que alumbrarán las furias infernales,
no la plácida antorcha de himenco!

Artur. O mil veces y mil, muger bien
digna

de otro padre mejor! solo el contento
que en mi alma derraman tus razones
templar pudiera el hervoroso fuego
de mi enojo; pues qué piensa tu padre
que el logro de mi amor, ni el del im-
perio

del orbe todo, ni la dura muerte
presentada en el mas trágico aspecto,
pudieran obligarme á una bajeza,
quanto menos á un crimen tan hor-
rendo?

¿Yo rogar á mi padre que rindiese
una insigne Ciudad que del Rey nuestro

la vacilante magestad sostiene:
Caygan sus muros, caygan sus soberbios

edificios que al tiempo desafian;
su máquina se iguale con el suelo;
mas sus sagradas venerables ruinas
serán el mas precioso monumento
que eternice á sus fuertes defensores,
recordando á los siglos venideros
la inglesa lealtad: piérdase todo;
vida, amor, padre, hacienda, todo es
menos

comparado al honor: así se sube
de la inmortalidad al alto asiento;
por estas asperezas se camina,
por tan ágríos difíciles senderos
perpetuan las glorias heredadas
los que se precian de ínclitos abuelos;
y el que es leal vasallo de este modo
cumple con Dios y con su Rey á un
tiempo.

ESCENA VI.

*Los dichos, Surren, Morgan, y Farfax
con soldados.*

Farf. Yo tambien cumpliré con mi venganza

En acto de echar mano á la espada.
si el colérico ardor, que reconcentro,
descargó sobre tí.

Surr. Señor, qué haces? *Deteniéndole.*

Eduar. Amado padre...

Farf. Ingrata!! Es un dicterio

Con enojo á su hija.

el título de padre que me aplicas:
se profana en tus labios un respeto
tan venerable: todo lo he oído,
de mi cólera justá reprimiendo
el poderoso impulso: inobediente,
de esta manera cumples mis preceptos?

Eduar. Nací leal.

Farf. Primero fuiste hija,
que vasalla.

Eduar. Fuí todo á un mismo tiempo.

Farf. Huye de mi presencia, si no quieres
que contra tí me arroje á un loco ex-
ceso!

tu vista me es odiosa, insoportable,
condúcela á tu tienda en el momento,
Surren, y allí mis órdenes espera.

Eduar. Mi deber he cumplido: nada temo.

Vase con Surren.

Farf. Y tú, jóven incauto, que desprecias

con tan loca altivez, con tanto em-
peño,

el único remedio de tu vida,
como la de tu padre, di, qué velo
ofusca tu razon? cómo sofocas
con tal facilidad los sentimientos
de la propia existência que aun las
fieras

no los pueden vencer?

Artur. Para no serlo,
los brutos obran solo por instinto,
por reflexion los hombres: no en aque-
llos

resplandece la luz de la prudencia;
jamás á alguna ley se ven sujetos;
por eso son de todos; pero al hombre
la Providencia dió discernimiento,
que la virtud y el vicio le enseñases
le hizo social, le unió con lazo estre-
á la generacion del orbe todo; (cho
le impuso leyes, le intimó decretos
que ha de cumplir, pues el amor pre-
cioso

del órden inspiró en su entendimientos
y yo esta dependencia vulnerara
á tus viles ideas accediendo.

Farf. Viles ideas son las que conspiran
á la felicidad del pátrio suelo?

Artur. Y esa felicidad en qué se funda?
en la desolacion de todo el reyno?
en la inocente sangre que derraman
los facciosos crueles persiguiendo
su Señor natural, de la Inglaterra
haciendo un melancólico desierto?
Será, dime, ventura de la Patria
que perezca su Rey Carlos Primero,
y que la silla del poder ocupe
una infame caterva de perversos,
que en su idea están ya despedazando
las víctimas infaustas; que al sediento
furor de su codicia, su venganza

y de todos los crímenes mas negros
 y horriblos destinan al santuario
 de la ley, entrarán los que en horren-
 calabozos estaban destinados (dos
 para servir de público escarmiento?
 Unas gentes manchadas en la sangre
 de sus mismos hermanos, careciendo
 de las prendas y luces necesarias
 han de tomar las riendas del gobierno?
 habrá vidas seguras, habrá haciendas?
 El pudor virginal estará exento
 de la violencia en tiempo de injusticia
 y de prostitucion? podrá en el seno
 de su familia descansar ninguno
 quando por todas partes reyna el genio
 destructor de la guerra? á dónde, á don-
 el útil labrador con sus hijuelos (de
 irá de su heredad desposeido?
 el anciano oprimido con el peso
 de la decrepitud, la triste viuda,
 el huérfano infeliz, el pobre enfermo,
 la tímida doncella, todos, todos,
 dónde podrán hallar acogimiento?
 Todos perecerán desamparados,
 exécrando mil veces, maldiciendo
 de su trágica suerte los autores;
 no lo dudes, Farfax, estos efectos
 son de la sedicion inseparables,
 así nos lo persuaden los exemplos,
 estas ventajas á la Patria ofreces,
 considéralas bien, y muere luego.

Farf. Edad de inexperiencia es todavía
 la tuya...

Artur. La razon no tiene tiempo,
 porque la eternidad es su carácter
 principal.

Farf. Sea así, no disputemos;
 no es academia el campo de la guerra,
 prepárate á vencer el duro genio
 de tu inflexible padre, ó á la muerte.

Artur. Despreciable amparo! hombre
 cruento,
 tema el morir aquel que degenera
 de su ilustre progenie, y con el velo
 de insaciable ambicion, de su vil alma
 tiene los ojos míseros cubiertos;
 tema el vil opresor de la inocencia
 cargado del horror de todo el pueblo

tema el facineroso al acercarse
 el punto de pagar sus desafueros.
 Mas qué tiene la muerte de terrible
 para el hombre de bien, el hombre
 recto

que lloró con el triste, y siempre tuvo
 extendidas sus manos al consuelo
 de su hermano infeliz, y desatado
 de caduca prision al dulce seno
 del sumo bien, de la delicia eterna,
 en alas de su fe remonta el vuelo?

Farf. Veré si esa magnánima constancia
 sostienes al mirar sobre tu cuello
 levantado el cuchillo de la parca.

Artur. Que no la sostuviera te confieso
 siendo Farfax; mas de Capél al hijo
 para empeño mayor le sobra aliento.

Farf. Está bien, conducidle, y al ins-
 tante *A Morgan.*

tenga su execucion lo que he dispuesto.

Artur. Animo, corazon, un breve plazo
 solo te basta para hacerte eterno.

Morgan y algunos soldados lo llevan.

ESCENA VII.

Farfax, y dos guardias al fondo.

Farf. Poder de la razon cuánto me opri-
 mes!

Siento sobre mi alma el duro peso
 de los remordimientos; me devoran,
 traspasan mis entrañas con acervo
 cuchillo de dolor; oigo las voces,
 las lamentables voces de un inmenso
 número de infelices que venganza
 reclaman contra mí; no es sordo el
 Cielo

á los votos del mísero; el castigo
 de mi ciega ambicion... pero qué veo?

ESCENA VIII.

Surren, Farfax y guardias.

Farf. Surren, qué novedad?

Surr. Abriese he visto
 de la Ciudad las puertas, y hácia nuestro

campo tranquilamente dirigirse
dos personas: Capél es segun pienso,
de algun amigo suyo acompañado.

Farf. Vamos á recibirle, ó cuánto siento
tan dura precision! mi guardia toda
esté sobre las armas, porque quiero
que ayude á intimidarle su aparato,
y hacerle honor tambien; pues aunque
intento

apurar su constancia por un modo
bien fuerte y riguroso, no por eso
debo dexar de honrar las qualidades
que distinguen á un hombre tan excelso.

*Campo en lontananza, vista de Colchêsters; al
otro lado tambien en lontananza tiendas,
y una enmedio que se abre á su tiempo.*

ESCENA IX.

Capél y Kiston.

Kiston. Ya al enemigo campo hemos lle-
gado,

no admiro tanto los gloriosos hechos
que la fama de vos publica el orbe,
como la confianza con que os veo
venir á tal peligro.

Capél. Amigo mio,
no hay para qué formar vanos recelos.

Kist. A mí se me hace todo sospechoso;
Farfax sin duda alguna está instruido
de que vendreis á verles no comprendo
como no ha enviado alguno á recibiros
en ley de urbanidad; además de esto,
y en quanto desde aquí la vista alcanza,
pone toda su gente en movimiento.

Capél. Y qué os persuaden esas aparien-
cias?

Kist. No pudieran cubrir algun proyecto
traydor?

Capél. Kiston, las leyes de la guerra
siempre sagradas son en todos pueblos
y naciones: los hombres mas feroces
y de la humana sangre mas sedientos
las observan, porque en qualquiera
caso

las observen tambien otros con ellos.

Kist. El que contra su Rey vibra las armas,
el que falta á su propio juramento,
inspira confianza?

Capél. No, ningunas;
pero yo de Farfax formado tengo
mas favorable idea, y tal bajeza
indigna de su espíritu contemplo.
El fanatismo de la independenciam,
y una ambicion sin límites pudieron
de su razon obscurecer las luces,
mas sin envilecer sus sentimientos:
aunque las opiniones nos dividen
nos unió la amistad en otro tiempos;
mis principios conoce y de que aspira
aun á mi estimacion me lisongo:
no, no será Capél con quien quebrante
su palabra de honor.

Kist. Quíeralo el Cielo,
mas hácia aquí su gente se dirige.

Capél. Nada, nada temais, que yo no temo.

ESCENA X.

*A este tiempo suena marcha militar y sa-
len las tropas de Farfax de dos en dos
los soldados, desfilando para formar sobre
la derecha del teatro con sus respectivos
gefes, que deben traer fornituras y la es-
pada en la mano; estos saludan con la
espada al Lord Capél; los soldados al
tiempo de presentarse á la escena presen-
tan las armas saludando al mismo: lue-
go las echan al hombro y desfilan; de-
trás de todos vienen Farfax y Morgan;
durante todo este tiempo estan con el som-
brero en la mano Capél y Kiston, que se
cubren despues de haber hecho cortesía á
Farfax y su comitiva. Morgan se pone
inmediato á la tienda.*

Capél. Milor, no puedo daros mayor prue-
de confianza, que venir á veros (ba-
de tan solo un amigo acompañado.

Farf. Mi estimacion merece ya por serlo,
y á nuestra conferencia asistir puede.

Capél. Yo, señor, de ninguno me reservo,
porque mis intenciones son bien puras.

Farf. Pues yo representando al Parlamento,

os debo proponer quantas ventajas pueden corresponder al alto aprecio que hace de las virtudes que os ilustran.

Capél. Si la balanza de mi entendimiento se decide á favor de esas ventajas, á recibirlas me hallareis dispuesto, siempre que el Soberano las confirme en mi favor.

Farf. Un Príncipe sin cetro
qué puede hacer por vos?

Capél. Sus intereses

no mirára tal vez con tanto celo, si estuviera pendiente de la suya mi fortuna; y ahora que no espero recompensa ninguna, de servirle con mas fidelidad tomo el empeño.

Farf. Admiro alma tan grande; mas qué sirve

á un partido triunfante el oponeros?

Capél. Mi obligacion primera es mantenerme

leal al Soberano; á nada atiendo sino á cumplirla.

Farf. Ya habeis hecho quanto se podia exígir de un caballero.

Capél. No todo, pues aun vivo, y de Col-chêster

la plaza está sujeta á mi gobierno.

Farf. Es decir que el valor no ha de faltarle

mientras vos la mandeis, yo lo confieso;

mas ceder las mayores fortalezas, si no al valor, al invencible esfuerzo de la necesidad.

Capél. Está remota.

Farf. Pero al fin llegará.

Capél. Morir sabremos

entonces de leales; entre tanto se puede trastornar el hado adverso.

Farf. Apelar á imposibles no es corduras quando os pretende honrar el Parlamento.

Capél. Dónde está su legítima cabeza?

Parlamento llamais á un vil congreso de pervertidas, de serviles almas, que sobre la ruina de los buenos pretenden exáltarse? ese perverso,

ese hipócrita fino, ese malvado que se dice alumbrado de los Cielos, como si estos el vicio iluminaran, Cronvel, detestacion del universo, formó ese senado abominable de réprobos espíritus compuestos mas con qué potestad? su rebeldía le pudo autorizar á tal exceso?

El que el respeto huella de las leyes, pensais que su sagrado ministerio y el poder de ejercerlas depusiera en manos del virtuoso? no por ciertos son la virtud y el vicio incompatibles, no se asocian los malos con los buenos, porque temen tener siempre á la vista continua reprension en sus exemplos.

Farf. Injurias sin razon á un hombre grandes;

jamás Cronvel se opuso á los preceptos del Soberano, hasta que vió innovarse la antigua religion.

Capél. Vano pretextol

Tan augusto motivo profanando siempre los sediciosos encubrieron, sus siniestras traidoras intenciones con tan plausible y especioso velo: quien dice religion, dice dulzura, beneficencia, humillacion, respeto, probidad, compasion, y todo quanto puede hacer á los hombres mas perfectos:

mirad si la protege el que derrama mares de sangre á impulsos del acero; el que indolente mira de la patria la total destruccion, el que rompiendo los vínculos sociales solo aspira á apoderarse del poder supremo; confesad que Cronvel ha reducido toda vuestra razon, con ofreceros partir con vos el absoluto mando de la Inglaterra; pero estais muy ciego sino veis vuestra muerte preparada por las manos del mismo, que alha-güeno

del poder en la copa que os brinda, os ofrece mortífero veneno: su víctima sereis, el ambicioso en el mando no admite compañeros.

Farf. El cuidar de mi suerte á mí me toca,
y á vos el elegir quanto el deseo
os dicte; porque nada habrá posible
que no veais logrado, en el supuesto
de que rindais la plaza.

Capél. Y este solo
de nuestra conferencia es el objeto?

Farf. Pues os parece?

Capél. Tiempo mal perdido
me parece: Farfax, guárdeos el Cielo.

En acto de irse.

Farf. Esperad, esperad...

Capél. Os atrevierais

Vuelve con mucha seriedad.

á quebrantar conmigo los derechos
de la tregua?

Farf. No cabe en mi carácter
tan baxo proceder; pero pretendo
haceros ver que tengo mas recursos
para vencer vuestro obstinado pecho.

Capél. Para vencerme á mí?

Farf. Sin duda alguna.

Capél. Y qué recurso es ese?

Farf. El que os presento.

ESCENA XI.

*A una seña de Farfax se abate la tienda
de enmedio, y se descubre Arturo encadena-
do enmedio de dos soldados, que con espadas
estan amenazándole: detrás habrá otros
soldados con fusiles presentados.*

Capél. Qué veo! Santo Dios! hijo querido..

Artur. Amado padre!

Farf. Pretendeis su acerbo

fin evitar!

Capél. Sí, infame, con tu sangre...

Desnudando la espada.

Farf. Si dais un paso mas, Arturo es muer-
y vos tambien. (to,

Artur. O padre! no el extremo
de mi suerte fatal os precipites
moderad vuestros ímpetus: no el miedo
me dicta estas razones; solamente
vuestra conservacion es lo que atiendo;
vivid para vengar mi injusta muerte
que miro sin pavor, y aun con desprecio.

Capél. Qué te ha hecho esta víctima ino-
cente?

Farf. Insultarme con tanto atrevimiento,
como su altivo padre.

Capél. O hijo mío!

quando tan digno de mi amor te encuen-
te he de perder? (tro

Farf. Su vida está en tu mano.

Capél. A tanta costa? no; muera al mo-
mento.

Farf. Inflexible virtud! qué hermosa eres!

Aparte.

Y tú me has arguido de cruento?

Capél. Es en tí iniquidad, lo que en mí
gloria:

hijo, la lealtad es lo primero,

Dios, y tu Rey.

Artur. Entrambas relaciones
gravadas en mi espíritu las tengo.

Capél. Muere por ellas.

Farf. Hombre empedernido,

su fin presenciarás...

Pero qué es esto?

Llamada á la puerta de la Ciudad.

Morg. De la Ciudad, á lo que ver se dexa,
á toda brida viene al campo nuestro
enemigo esquadron, mas la llamada
sus ideas de paz está diciendo.

Capél. Este es susto mayor, si de mi au-
sencia

valido algun traidor el rendimiento
de la Ciudad ordena?

Morg. Ya desmontan,
y apresurando el paso algunos de ellos,
dexando los demás á retaguardia,
hácia aquí se encaminan.

Farf. Y aun advierto,
que una muger en medio de la tropa
los pasos precipita...

ESCENA XII.

*Los dichos, y Eduarda acompañada de sol-
dados que forman á la izquierda:*

Farf. Mas qué veo?

Dura tribulacion, hija traidora,

tú entre mis enemigos?

Eduar. Yo prefiero
vivir con los que llamas enemigos,
y no lo son del Rey: los sentimientos
de lealtad á todos antepongo;
y por este motivo, conociendo
tu intencion rigurosa, de la tienda
del Coronel Surten, en un ligero
caballo á la Ciudad hui á ponerme
en poder de Capel; pero sabiendo
que aquí se hallaba, á su Lugar-Te-
niente
expongo mi intencion; en el momento
manda, que esos soldados me acom-
pañen
sirviéndome de escolta, y así vengo
á ser prenda segura de la vida
de Arturo, y de su padre; no hay re-
medio,
moriré gloriosamente entre leales,
á vivir entre péfidos prefiero.

Artur. O muger generosa!

Capel. O bien lograda
educacion!

Farf. En vano haces alarde
de lealtad, ingrata: el fundamento
de tu resolucion, bien lo conozco.

Eduar. Si piensas que el amor, y te pro-
meto
renunciar para siempre mi esperanza,
si á Arturo salvas...

Farf. No, no lo concedo,
jamás tuve intencion de darle muerte;
obligar á su padre al rendimiento,
viendo á su hijo en tan fatal conflicto
fue solo mi intencion; mas te protesto
que esa resolucion de que haces gloria,
enciende mi furor; ya te aborrezco;
en nada ya tu suerte me interesa.

Capel. A mi sí, que la admiro, y la pro-
feso
un entrañable amor: si la aborreces,
siempre Eduarda encontrará en mi seno
paternal acogida: aunque faltáran
las fuertes relaciones que al empeño
me obligan de ampararla, nunca, nunca
Capel descenderia al vilipendio
de hacer la vida de una Dama, prenda
de otra vida, que en ley de caballero,

la obligacion me incumbe del amparo
del amoroso desvalido sexò.

Farf. Quanto mas de nobleza haceis alar-
tanto crece el enojo q̃e concentro, (de,
y reprimir no puedo, Arturo muera.

*Arrojase Eduarda, y se abraza con Ar-
turo, para lo qual debe tener la posi-
cion mas cercana.*

Eduar. Y yo tambien con él.

Artur. Qué haces mi dueño?

Farf. Entrambos mueran, decargad el
golpes

Morgan, cómo no cumples mis precep-
mas yo mismo... (tos,

*Hace que se encamina á la tienda; los sol-
dados que estan detrás de Arturo, presen-
tadas las armas, se adelantan, y cubrien-
do á este y Eduarda, apuntan bácia Farfax:
Morgan desnuda la espada, y se pone á la
izquierda de los soldados; y en tanto los
dos que estaban en aptitud de amenazar
á Arturo, le sueltan, y él, y Eduarda se
incorporan á la tropa de Capel, el qual tam-
bien ha desembaynado la espada, como
para estorbar la accion.*

Morg. Farfax, si te adelantas,
ó alguno de tu guardia, en el momento
su muerte encontrará.

Farf. Traydor...

Morg. Ninguno
es sino muy leal, para el efecto
de accion tan vergonzosa, me mandas-
elegir los soldados; conociendo (te
tu intencion, elegi los que aquí miras;
nobles proscriptos son, que con el velo
de vulgares soldados al Rey sirven
entre tus mismas tropas, inquiriendo
juntamente conmigo tus ideas,
para desvanecerlas, y ahora viendo...

Farf. No prosigas, aleve, que traspasas
mi activo corazon con cada acento:
pero de todos tomaré venganza.

Capel. No es tan fácil: los muros no es-
tan lejos;
sola tu guardia, poco nos impone,
y aunque viniera de tu tropa el resto...

Dentro muchas voces.

Viva el Rey, viva el Rey.

Farf. Qué oigo, pesares?
qué puede suceder?

ESCENA ULTIMA.

*Los dichos, y Surren con la espada des-
envaynada.*

Surr. Acude presto
porque el Duque de Hamilton...

Farf. Ahora furias.

Surr. Por todas nuestras líneas rompiendo,
con numerosas tropas nos asalta.

Farf. O día de furor! todo el infierno
se abriga en mis entrañas! triunfad,
viles,

crezca á par de mi rabia el gozo vues-
tro;

mas pronto volveré contra vosotros
coronado de lauros y trofeos
á beber vuestra sangre, y la primera
que apagará el volcan que arde en mi
pecho,

será la de esa hija aborrecida,
en la que únicamente considero
el castigo mayor que pudo darme
en su enojo la cólera del Cielo.

Vase con los suyos.

Capél. Venid, amados hijos, á mis brazos;
y tú, noble Morgan, á quien debemos
tantas felicidades, todos, todos

Abraza á todos.

mi alma recibid en los estrechos
lazos de la amistad: Arturo mio,
á ser capaz de envidia, te confieso,
que de tu ánimo heroyco la tuviera.

Artur. Cumplí con mi deber, soy hijo
vuestro.

Capél. Tú, Eduarda querida, no te aflijas;
no reptuebo, hija mia, el sentimiento,
que sin duda el enojo de tu padre
en tí produce; pero mas sereno
aprobará tu lealtad.

Eduar. Podia
de algun modo prestarle á sus inten-
tos?

Capél. Antes morir mil veces.

Voces á diversos lados, y ruido de pelea.

Arma, arma.

Kist. Las enemigas tropas van cediendo
á las del Rey; ahora una salida
de la plaza pudiera...

Capél. No convengo:
aunque Farfax motivo suficiente
para romper la tregua, en mi concepto
haya dado, no quiero que ninguno
ponga en cuestión mi honor: solo de-
bemos

volver á las murallas, y desde ellas
proteger el socorro: en tanto, hija,
un amoroso abrazo está pidiendo,
Arturo, como prenda de un enlace
que en Colchêster se hará.

Eduar. Quando mi afecto, *Abrazándole.*
estuviera remiso, su constancia
digno le hiciera de mayor extremo.

Artur. Yo no aspiro á mas dicha que á ser
tuyo.

Capél. Lo serás prontamente; y si los Cie-
piadosos ponen fin á tantos males, (los
todos en dulce paz disfrutaremos
frutos de lealtad, que nos concilien
la justa estimacion del universo.

FIN.

CON LICENCIA. VALENCIA: EN LA IMPRENTA DE MARTIN PERIS. AÑO 1819.

Se hallará en la Librería de la Viuda de Navarro, calle de la Lonja de la Seda; asi-
 mismo un gran surtido de Comedias antiguas y modernas, Tragedias, Autos Sacra-
 mentales, Saynetes y Unipersonales.

COMEDIAS QUE SE HALLAN DE VENTA EN LA MISMA LIBRERIA POR MAYOR Y A LA MENUDA.

Sueños hay que lecciones son.
La Zorayda.
La Condesa de Castilla.
Idomenéo.
La recompensa del arrepentimiento.
El Valle del Torrente.
Amor y virtud á un tiempo.
Genuval y Faustina.
Fatme y Selima.
Las Cárceles de Lamberg.
El Médico á palos.
Lo cierto por lo dudoso.
El Pintor fingido.
El Delincuente honrado.
Polinice ó los hijos de Edipo.
La toma de San Felipe.
El Sordo en la Posada.
El mas heroyco Español.
La Inocencia triunfante.
La Condesa Genovitz.
Otélo.
La Raquel.
Las Víctimas del amor.
Los dos mas finos Esposos.
Las Mocedades de Enrique Quinto.
El Imperio de la verdad, ó el Sepul-
turerio.

PIEZAS EN UN ACTO Y UNIPERSONALES

1 El Loco.
2 El Domingo ó el Cochero.
3 El famoso Rompegalas.
4 Doña Inés de Castro, ó la des-
graciada hermosura.
5 La Señorita displicente.
6 Don Líquido.
7 Areo Rey de Armenia, ó la Elicene.
8 El Esplin.
9 Andrómaca.
10 Poligena.
11 Hércules y Neso Centauro.
12 La Raquel.
13 Las Hermanas generosas.
14 Pigmalion.

15 Haníbal.
16 Marco Antonio y Cleopatra.
17 La Casta Amante de Teruel.
18 El Amor constante.
19 Las tramas de Garulla.
20 La Familia indigente.
21 La Vieja enamorada.
22 Armida y Reynaldo, primera parte.
23 Idem, segunda parte.
24 Guzman el bueno.
25 Florinda.
26 El Poeta escribiendo un Monólogo.
27 Séneca y Paulina.
28 La Florentina.
29 Los Amantes de Ternel.
30 A Picaro, Pícaro y medio.
31 Perder el Reyno y poder, la pér-
dida de España.
32 La Restauracion de España.
33 El Vellon de oro.
34 La Músico-manía.
35 Dido abandonada.
36 El Atolondrado.
37 La buena Esposa.
38 Perico el de los Palotes.
39 El Armesto.
40 El Mercader aburrido.
41 El Cómico de la Legua.
42 La Escocesa Lambrun.
43 El traydor Tiñitas.
44 Idomenéo.
45 La Librería.
46 El Licenciado Farfulla.
47 La modesta Labradora.
48 El hijo reconocido.
49 El mayor Rival de Roma, Viriato.
50 Los Criados embusteros.
51 La pasion ciega los hombres.
52 Telémaco en la Isla de Calipso.
53 Anfriso y Belarda, ó el amor sencillo.
54 La Lealtad, ó la justa desobediencia.
50 Hércules y Deyanira.
56 El jóven Pedro Guzman.
246 El Negro sensible.